

**Rita Molinos (editora)**

**XXII JORNADAS DE INVESTIGACIÓN FADU-UBA  
IV ENCUENTRO REGIONAL DE INVESTIGACIÓN  
II SEMINARIO MERCOCIUDADES: GESTIÓN URBANA  
URBE Y TERRITORIO**

**si+urb**

**13, 14 Y 15 DE SEPTIEMBRE DE 2007**

Editora: Arq. Rita Molinos. SI-FADU, UBA.  
Diseño editorial: DG Valeria Hasse.  
Diseño gráfico Jornadas: DG Verónica Bidinost.  
Dibujo afiche: Arq. Rodolfo Sorondo.  
Compilación y desgrabación: Srta. Gabriela Sorda,  
Sr. Juan Aulet y Sr. Rubén Ruiz.  
Compilación Mercociudades: Arq. Julieta Perrotti Poggio.  
Colaboración Mercociudades: Srta. Gabriela Muzio.  
Archivo y comunicación con los participantes:  
Lic. Plinio Giacomini.  
Colaboración en coordinación FADU:  
Arq. Guillermo Rodríguez.

XXII jornadas de investigación FADU,UBA. IV Encuentro Regional de Investigación. II Seminario  
Mercociudades : urbe y territorio / edición literaria a cargo de: Rita Molinos. - 1a ed. -  
Buenos Aires : Universidad de Buenos Aires, 2007.  
308 p. : il. ; 24x20 cm.

ISBN 978-950-29-1029-1

1. Urbanismo. I. Molinos, Rita, ed. lit.  
CDD 711

Fecha de catalogación: 20/11/2007

Todos los derechos quedan reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni el registro en un sistema informático, ni la transmisión bajo cualquier forma o a través de cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación o por otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

© de la edición: Secretaría de Investigaciones, FADU, UBA.

ISBN: 978-950-29-1029-1

Impreso en Argentina

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Esta publicación se ha financiado con el aporte del Ministerio de Planeamiento y Obras Públicas del GCBA.

## **índice**

Palabras del Decano FADU, Arq. Jaime Sorín.

**Pág. 14**

Palabras del Secretario de Investigaciones FADU, Arq. Jorge Ramos.

**Pág. 16**

Palabras del Ministro de Planeamiento y Obras Públicas GCBA, Ing. Juan Pablo Schiavi.

**Pág. 18**

Palabras del Subsecretario de Planeamiento GCBA, Arq. Mario Sabugo.

**Pág. 20**

## **CONFERENCIAS**

ARQ. NELSON INDA, Plan Montevideo: Evaluación y Perspectivas.

**Pág. 24**

DR. ARQ. ALFREDO GARAY, Algunos aspectos cerca de los lineamientos estratégicos para el Área Metropolitana.

**Pág. 33**

DRA. ARQ. ELIA GUTIÉRREZ MOZO, Urbanismo con Perspectiva de Género y de Generación.

**Pág. 42**

ARQ. HANDEL GUAYASAMÍN, Ciudades Enfermas.

**Pág. 50**

PROF. EMÉRITO ARQ. JUAN MANUEL BORTHAGARAY, Habitar Buenos Aires. Las manzanas, los lotes y las casas.

**Pág. 56**

ARQ. PUR DAVID KULLOCK, El Plan Urbano Ambiental para Buenos Aires.

**Pág. 65**

DR. ARQ. HERNÁN MEDRANO, Ciudades en perspectiva comparada: São Paulo y Buenos Aires, espacio y proyecto.

**Pág. 72**

## URBANISMO CON PERSPECTIVA DE GÉNERO Y DE GENERACIÓN.

**Dra. Arq. Elia Gutiérrez Mozo**

Profesora de Teoría de la Arquitectura del Área de Composición Arquitectónica y del curso de doctorado "Materiales y Métodos para el Estudio de la Arquitectura" en la E.T.S.A. de la Universidad de Alicante, España.

Buenos días. En primer lugar, y cumplimentando un protocolo que, además, en esta ocasión, es un auténtico placer, quisiera agradecer al Arquitecto Jorge Ramos, Secretario de Investigación de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, su amabilísima invitación a participar en este notable evento. Es para mí un verdadero honor hallarme hoy aquí en calidad de ponente de este encuentro. También quisiera agradecer a la Arquitecta Rita Molinos todas y cada una de las atenciones y deferencias que ha tenido para conmigo, que son innumerables. Estar hoy aquí con todos ustedes ha constituido una suerte de pequeña gran aventura que, espero y deseo de corazón, llegue a buen puerto. Finalmente, cómo no, les agradezco a todos ustedes su presencia en este acto al que acudo, ya se lo adelanto, más por motivos del afecto que me profesan mis amigos latinoamericanos, y que es absolutamente correspondido, que por méritos propios. No obstante, he de confesarlo, soy de las personas que les confieren a las *razones del corazón* al menos el mismo valor que a las *razones de la razón*.

Vamos, pues, a ello. Deseo compartir con ustedes un ratito de reflexión. No pretendo, nada más lejos de mi intención en realidad, predicar verdades o sentar cátedra o afirmar enunciados incontestables. Sólo deseo que pensemos juntos, que, por un tiempcito, todos hagamos el esfuerzo de posar nuestra mirada, una mirada de mujer (es lo que soy, a la vista está, y lo que me gusta ser, además), sobre la ciudad: la que tenemos y la que queremos. Al menos, allá en Europa adonde todo parece ya sabido y requetesabido.

En relación a la ciudad, siempre me gusta comenzar recordando (lo aprendí de mi maestro y marido) la etimología de la palabra. Es bien bonito desentrañar los significados que las palabras encierran como un tesoro escondido y a la espera de quien desee descubrirlo, como el arpa de Bécquer espera la mano de nieve que sepa arrancar la música que celosamente guarda. La ciudad es la *civitas* latina. Porque la ciudad la hacen, no nos olvidemos, los ciudadanos. Y ahí está, para demostrarlo, el nombre latino, *civis*. *Civis* es el ciudadano. Por eso *civitas*, la ciudad, deriva de este étimo principal, el cual, a su vez, si se fijan, proviene del verbo *co-eo*, esto es, ir juntos, caminar juntos. En buena ley, por tanto, una ciudad es el conjunto de ciudadanos que han acordado caminar todos juntos. Una ciudad, la *polis*, o es asunto de todos o no es tal.

Y, por mucho tiempo, demasiado, esos "todos" han sido varones. Se trata, por consiguiente, de volver a pensar la ciudad también desde las mujeres.

El discurrir de este pensamiento compartido va a estructurarse en tres etapas que coinciden, sensiblemente, con tres escalas de trabajo: el proyecto, la obra de arquitectura y la ciudad. Los arquitectos sabemos que, en el fondo, los tres temas resuenan unos con otros (Alberti dice que una casa es una ciudad pequeña y una ciudad una casa grande), pero necesitamos el bisturí del análisis para intentar no perdernos.

La arquitectura, desde siempre, ha establecido una relación de fuerza, de tensión, entre el proyecto y la obra. Se dice que son las dos caras de una misma moneda, el *hecho arquitectónico* la llaman, pero todos los que ejercemos sabemos bien que no es tan cierto o, al menos, que no está tan claro como a simple vista puede parecer. El proyecto es la representación de la idea y sustenta

y substancia, por tanto, un *ideal* y la obra es pura realidad, constituye la viva imagen de lo *real*.

En el momento presente, a mi parecer, la dicotomía proyecto-obra se halla, desgraciadamente, absolutamente desorbitada a favor, en mi opinión y como intentaré demostrar, del primero a expensas de la segunda. Y este hecho, de nuevo, no es ajeno al entendimiento casi exclusivamente masculino del mundo que tratamos de comprender para cambiarlo.

Pero hagamos un mínimo y brevísimo repaso de la historia para detectar cuándo empieza a deslindarse el proyecto de la obra y a alzar, él solo, un vuelo que hoy parece imparable. La crisis proyecto-obra comienza en la *Ilustración* y su reino de las utopías. Desde el momento en que Boullée, por ejemplo, dibuja con sumo detalle y esmero proyectos maravillosos que no sólo no se van a construir sino que, además, no se pueden construir, desde ese preciso instante, el proyecto se deslinda de la obra a la que en teoría sirve: el proyecto gana su autonomía.

Esta separación es absolutamente impensable en el mundo clásico, donde es inconcebible el proyecto que no refleja la fábrica y se somete a los rigores de ella. De hecho, se construye por secciones verticales, a modo de *botones de muestra*, para que sea posible seguir el ejemplo, aunque se carezca de dirección facultativa. Importa tanto la obra en sí que ésta pasa por encima, y no sólo en el tiempo, de sus autores, materiales y espirituales.

En el *Modernismo*, cuando el diseño sedujo totalmente a la arquitectura, el proyecto ya tenía completamente ganada la batalla. Así, la casita de Peter Behrens en Darmstadt es una casa que reproduce una postal. Lo que importa, desde el principio, es la imagen, que se puede exportar y que es inmaterial. En la *Modernidad*, cuando Mies van der Rohe sedujo a la Sra. Farnsworth, el ideal de arquitectura (planta libre, fachada libre, todo libre... la libertad en definitiva) hace de la casa una casa inhabitable. ¿Por qué? Porque el ideal siempre es monotemático: lo único que le importa es una sola cosa y lo demás pasa a un discreto y olvidado segundo plano. Por eso el ideal posee un maravilloso papel jerárquico: el ideal lo es todo y lo demás da igual. Ya está.

Los cartujos, por ejemplo, viven felices y libérrimos bajo un ideal, ese ideal es lo único esencial y, además, lo único necesario. Pero la vida, al menos la vida mundana, sin trascendencias, no es, ni mucho menos, monotemática. Para la vida, menos no es más: menos es simplemente menos. La vida no es, por tanto, ni monotemática, ni *minimal*, porque el *minimal* crea en la casa una quimera que trasciende la realidad real sin rozarla apenas. Todos sabemos que las fotos de casas que pueblan nuestras revistas se han realizado previa visita del "interiorista" que esconde cuidadosamente cualquier vestigio de vida (la vida es caótica) para recrear un ambiente ordenado y perfecto, aséptico, pulquérrimo, pero muerto.

Pero habíamos partido de una afirmación que conviene, después del sucinto repaso histórico, retomar: la dicotomía proyecto-obra se halla hoy desorbitada. Esta es mi tesis. ¿Qué hacen los arquitectos más importantes y famosos? ¿Qué hacen las estrellas del firmamento arquitectónico actual? Pasar de la realidad virtual que ha generado el ordenador a la cámara digital del fotógrafo cualificado. Con la realidad virtual los arquitectos seducen a los clientes: las presentaciones de los proyectos son hoy espectaculares. Con la cámara digital, los arquitectos asientan y difunden por todo el planeta su fama que retroalimenta, en un circuito a mi modo de ver perverso, su capacidad de seducción.

Los grandes arquitectos son como donjuanes que a todos nos llevan al huerto: a los que estamos de un lado y de otro. Nadie escapa al todopoderoso *marketing*. Hubo una época (Séneca dice que feliz, yo no lo sé) en que había arquitectura sin arquitectos. Todavía hoy, aunque cada vez menos, la arquitectura que el profesor de la ETSA de Madrid, José Luis García Grinda, llama *popular* (y que, sobre todo, es una lección de construcción y de sentido común, no lo olvidemos) es una arquitectura que se produce al margen de los arquitectos.

Pero lo que está de moda, lo que se lleva y nos lleva de calle son los arquitectos sin arquitectura. El carisma de cada uno está por encima de lo que fabrica, de modo que lo que produce es, esencialmente, realidad virtual. No hay arquitectura: hay ordenadores y hay revistas (cuidado: se piensa en ellas antes que en eso tan obsoleto del *programa de necesidades*, que para algunos es *programa de necesidades* al parecer). Incluso nuestros amados libros son sólo revistas gruesas y mejor encuadradas.

A los arquitectos famosos no se les encarga ya arquitectura: se les encarga "iconos". Las ciudades que ostentan un *Gehry*, o un *Foster* o un *Nouvel* o todos juntos a la vez si son ciudades poderosas, no solicitan ni la solución a un problema ni siquiera planteado, ni la respuesta a una serie de demandas de usos o de espacios... No. Reclaman un producto del autor en el que sea perfectamente reconocible e identificable la marca de la casa. La arquitectura asume así el mismo papel que la pequeña etiqueta roja de los jeans *Levi's*: el pantalón no importa si la marca resplandece en él.

Pero dice el refrán, con toda verdad, que *obras son amores y no buenas razones*. Uno no es lo que dice que es. Es lo que es y, en cualquier caso, dicen más de lo que es los hechos que las palabras. Las obras son amores: y las de arquitectura también. Amores, como los de la vida, que a veces te la dan y a veces te la quitan, pero en eso consiste estar vivo, en *mover ficha*. Pues bien, en mi opinión, la obra es la realidad que el arquitecto de cinco estrellas obvia y elude y, lo que es más paradójico, esa elusión voluntaria y manifiesta le lleva al estrellato.

Por ejemplo: a todos se nos puede caer una escalera. En la dirección de obra, conviene decir que *el que esté libre de pecado, que tire la primera piedra*. Las cosas nos pasan a los que hacemos cosas, si no haces nada, no te pasa nada: salvo la vida, que suele pasar siempre arrasando y por encima. Bien, a todos puede pasarnos algo así (el ejercicio de la función pericial, sanísimo, nos enseña la importancia del factor suerte en esta profesión en particular y en esta vida en general). Lo que a casi nadie, creo yo, se le ocurriría es una explicación metafísica o moral ante un hecho puramente técnico y tectónico. ¿Qué es lo que nos está pasando, pues, para no ser capaces de mirar de frente la realidad, aunque esta sea bien contundente?

El ideal choca inevitablemente contra la vida. Y el arquitecto *first*, como el escriba y el fariseo de la parábola del buen samaritano, da un rodeo para esquivarla. Por eso llama al fotógrafo y le dice (o el otro lo sabe ya, porque está en el mismo juego): "ponte aquí y mira allá".

Se trata, por tanto, de saber si estamos con la vida o contra la vida (ésta no te deja más opciones). Si estamos en contra, el ideal se degrada a ideología. Si estamos con, el ideal padece una cierta violencia. Y llega la mujer.

La mujer conoce, por naturaleza, al margen de otras cuestiones en las que aquí no voy a entrar, la violencia de la vida (por ejemplo: al primer signo de que se avecina un alumbramiento le llamamos "romper aguas", nada menos). Por eso, en general, la mujer es pacífica, porque procura no acrecentar la violencia natural, que ya es mucha y muy dura.

Hemos visto cómo el *minimal* es tramposo: la vida no es así. Lo sentimos, lo lamentamos, porque la vida estropea las fotografías, pero las imágenes que suministra el *minimal* no son reales, entendiendo por reales, imágenes vividas. El *minimal* sólo es cierto en caso de tamaño desprendimiento interior, franciscano o místico o estético.

En el *high-tech* el ideal se confunde con la *libido aedificandi*. Importa la vida del edificio, de la máquina perfecta que funciona a la perfección, no la de sus habitantes. El *high-tech* es progreso puro: no se sabe hacia dónde ni se pregunta. Es el espectáculo de la tecnología. Babel es su lema: más alto.

El juego de Zaha Hadid, por ejemplo, es muy sintomático. ¿Cómo ha conseguido esta mujer (la única, reconozcámoslo) entrar en el mundo de las estrellas? Pues ha conseguido vencer al hombre en su propio campo, jugando al mismo juego y con una enorme carga de ironía. El mecanismo es el mismo: del ordenador a la revista o a Internet, da igual: es el ordenador de nuevo. Pero hay un tajo de ironía: abramos la puerta al azar.

Zaha Hadid toma una actitud que la hace estar por encima de Gehry. Parece decirle: "Tú necesitas el ordenador. Yo, sin embargo, hago que el ordenador me necesite a mí. Tú eres, por tanto, un siervo. Yo soy una señora. Y si lo real no os interesa, a mí menos".

Pero ¿nos interesa lo real? ¿Estamos con la vida?

Una opción previa a la forma (que ni se retrae, como el *minimal*, ni sirve al cálculo, como el *high-tech*, ni al azar, en el fondo tan parecidos) es la materia. Materia proviene de *mater* y el material, los materiales, es materia. Construir es materializar una idea o varias.

Se trata, pues, y retomamos nuestra conclusión dejada hace un rato en suspenso, esperándonos, de aceptar y encarar la violencia de lo real. Y la única manera de salir ileso en tan *descomunal batalla* como diría Don Quijote de la Mancha, es andarse con tacto. Ese tacto que significa dos cosas bien distintas y distantes, pero ambas absolutamente necesarias: realismo para lo tangible y carisma para lo intangible. La vida empieza y culmina en el tacto, desde un sentido al otro del vocablo.

Cuando mi única hija María era un bebé quería conocerlo todo tocando y, si se la dejaba, desmenuzando, descuartizando. Ella aprendía y aprende aún cómo son las cosas manoseándolas y, si puede ser y yo no me doy cuenta, desmembrándolas. Mi tarea es, creo yo, que llegue a ser una mujer con tacto. Que pase de ese primitivo y, sin embargo, básico sistema de aprendizaje al dominio de algo esencial para vivir en paz con uno mismo y con los demás: el tacto.

El tacto es un toque de clase para con lo humano que potencia, entre otros milagros, que el operario de las obras dé lo mejor de sí. Porque, entre otras cosas, el tacto discierne entre personas y cosas. Cuestión que parece elemental, pero a pie de obra sabemos que no lo es tanto. Nuestros queridos colegas varones prefieren, cuando se dignan y testosterona obliga, el sistema contrario: *adonde fueres haz lo que vieres*. Y si en la obra impera la ley del más fuerte, pues ellos son el rey león, el animal soberano de esta jungla de hormigón y de metal. Bien, es una opción. Pero creo que no nos sirve a las mujeres. Y no porque no sepamos hacerlo, sino porque no es el camino por el cual nos optimizamos ni nosotras ni los de alrededor.

Las mujeres tenemos muy claro que el éxito de una obra consiste en el concierto entre las personas y las cosas, entre los operarios y las fábricas. Sabemos que necesitamos de ambos y por eso nos los cuidamos.

El operario no puede ser, de ninguna manera, mi enemigo. Si es mi enemigo estoy perdida, porque al final me gana: puestos a lo peor, vence quien es más fuerte, esto es una realidad innegable e implacable. El operario ha de ser mi aliado. Tengo que imbuirle de la ilusión de estar participando en algo más grande que él y que yo: yo lo he pensado, él lo está haciendo, pero el resultado, la Arquitectura, está por encima de ambos, por eso nos necesitamos y hemos de trabajar en armonía y en conjunción.

Y lo mismo pasa con el contratista: previa demostración (curioso: a los hombres esta prueba de fuego no les hace falta, se les supone, como el valor a los soldados) de que estamos plenamente capacitadas y cualificadas (aunque no lo parezca porque no hagamos constantemente gala de ello), se trata de convertirlo en un socio de travesía: viajamos en el mismo barco y juntos hemos de llegar al mejor puerto que podamos. Mi idea sin ti no sería nada

y de qué sirve que tú sepas hacer si lo que haces no tiene interés.

Hay, en mi opinión, que eludir, que es lo sabio, la batalla absurda y cicatera entre el intento de engaño por el placer de tomar el pelo y el autoritarismo por el placer del ejercicio del poder. No es eso. No puede serlo.

Además, de la *piña* formada por la dirección facultativa y el operario, sea cual fuere su cualificación, se deriva un bien maravilloso para la obra particular (en la obra pública la situación es distinta): los clientes hacen menos mella porque no encuentran fisuras por las que *colar* su frustrada vocación de arquitectos que tan amablemente potencian las revistas de decoración, ni su frustrada vocación de *bricolageros* domésticos que asimismo graciosamente fomentan las publicaciones del tipo *hágalo usted mismo*. Por favor, no, que cada uno haga lo suyo, que no es poco. Dejemos hacer a quienes saben, los profesionales, y que se retiren los aficionados.

No se trata, por tanto, de confundir la obra con el ideal (como le pasó a la pobre Sra. Farnsworth) ni tampoco de dejarla ayuna de él (ejemplos de esto último no voy a poner, no me daría tiempo ni tendría suficiente espacio).

La vida está en la casa y en la calle. Pero, cuidado, en la casa, la vida se cocina, mientras que en la calle la vida circula precocinada. La clave está, pues, en la casa, que Finsterlin, un loco expresionista muy activo en los años treinta, compara con el útero materno. De nuevo, la metáfora femenina.

A su manera, *minimal* y *high-tech* son espectáculos (hipócrita el primero, porque parece querer todo lo contrario, y cínico el segundo). También es un espectáculo, cuando se magnifica, el juego del azar. La vida, sin embargo, no es, no puede ser un espectáculo.

Por eso es tan obscena cualquier cosa (entender por cosa, programa de televisión, periódico, etc.) que haga de ella un escaparate, un mostrador. No sé acá, pero en España sufrimos una auténtica epidemia de *reality-shows* que hacen sonrojar al más descarado. Y no por una cuestión moral o ética: es un tema de atentado contra la más elemental dignidad del ser humano. Si hacemos de la vida espectáculo, no estamos viviendo, estamos representando: que también es necesario, pero distinto, no tiene nada que ver. La vida, como la procesión, cuando se siente y no se dice, va por dentro.

Reza una letrilla de Góngora:

*Manda amor en su fatiga  
que se sienta y no se diga:  
pero a mí más me contenta  
que se diga y no se sienta.*

La verdad es que Góngora bien parece todo un postmoderno. Creo que la mujer puede aportar a la arquitectura hoy la oportunidad histórica de volver a poner en su sitio las cosas. La reivindicación del trabajo a pie de obra es el primer paso para que la arquitectura baje de las nubes, adonde pertenece sólo a las estrellas del sistema, y vuelva a ser la grávida realidad que siempre fue. Y de gravidez nosotras entendemos un poco... (recuerden que los italianos llaman la *gravitanza* al embarazo. Lo que para ellos es una cuestión "de peso" para los castellanos es asunto vergonzoso, como ven). En ello estamos y a ello les invito que se sumen. Por la causa de la arquitectura y por la causa de la mujer.

Antonio Averlino, el *Filarete*, tratadista italiano del siglo XV, decía que el Arquitecto NO es el padre de la Arquitectura. El Arquitecto es la madre de la Arquitectura. Probablemente quería expresar con esta bella metáfora que el Arquitecto es el catalizador, el procesador, el alquimista que sintetiza toda una serie de estímulos, componentes, condiciones, peticiones, exigencias,



datos, etc. que provienen del exterior y que es capaz de hacer suyos, de reelaborarlos en un todo que comprende las partes, pero que es distinto de ellas, al que llamamos Proyecto.

En definitiva, para el *Filarete*, el arquitecto es, básicamente, un gestante. Por eso mismo es la madre y no el padre de la Arquitectura. Esta idea entraña una reflexión, en mi opinión, profunda, hermosa y de plena actualidad. Trata sobre la actitud del profesional que llamamos Arquitecto.

Un Arquitecto, si lo es, está siempre a la escucha. Como Mozart componía: escuchando. Escuchando ¿qué? ¿a quién? Pues, en primer lugar, a su cliente, a lo que le dice y a lo que calla (quizá más importante si se tiene la sensibilidad afinada). Pero también y además, al solar, al emplazamiento, al sitio, a la calle, al barrio, a la ciudad. Un Arquitecto debe escuchar. Luego, el proceso de gestación es suyo: suya es la criatura. Y la respuesta es, así, Arquitectura.

Una perspectiva de género sobre la Arquitectura y sobre la Ciudad es una perspectiva que se caracteriza, básicamente, por la escucha, por ponerse en el lugar del otro, como nos dice el Profesor Josep María Montaner de la ETSA de Barcelona. Hay un refrán que, con la malicia y el realismo que suele caracterizar estas sentencias populares, reza: "A río revuelto, ganancia de pescadores". Pues bien, es verdad que es difícil oír en medio del griterío que nos marea y confunde, pero hay que hacer el esfuerzo para que la ganancia de pescadores no sea tan abusiva y el río no esté tan revuelto.

Y es indudable que las mujeres estamos más y mejor predispuestas a esa escucha que es, en el fondo, un ejercicio fundamental de respeto, de aprendizaje constante y de sentido común. ¿Por qué estamos más y mejor preparadas para escuchar? Porque históricamente nuestra existencia se ha desarrollado acompañando y cuidando a otros: a nuestros hijos, a nuestros padres, a nuestros maridos... Otro refrán implacable y machista donde los haya sentencia (porque es una auténtica condena a la invisibilidad eterna) que "detrás de cada gran hombre hay una gran mujer". En rigor y en justicia, todos sabemos que, detrás de cada gran hombre, lo que hay es muchos hombres, defendiendo y apoyando el sistema.

Para las mujeres, la escucha es un ejercicio cotidiano. Para nosotras, ponemos en el lugar del otro es una actividad habitual. Y esta destreza es la que deseamos poner al servicio de la comunidad.

Porque la perspectiva de género sobre las ciudades no trabaja sólo en la dirección femenina en exclusiva: trabaja a favor de las personas, de todas. Una ciudad más igualitaria es una ciudad mejor y lo es para todos: para los niños, para los ancianos, para las mujeres y también para los hombres. Una ciudad más justa y más amable es una ciudad mejor para los seres humanos. Para todos.

Igualdad es calidad. Las dos pequeñas reflexiones urbanas que deseo compartir con ustedes arrancan, es cierto, de una perspectiva de género sobre la arquitectura y sobre la ciudad pero su alcance y su proyección apuntan a un urbanismo que incluya entre sus componentes de calidad, la consecución de la igualdad.

El urbanismo "de ingeniero", la máquina de habitar a escala metropolitana, está pensado para el ser humano adulto, sano y, si me apuran, perfecto. Para una especie de Doriforo en la plenitud de sus capacidades y facultades (la misma plenitud que hoy se exige, por ejemplo, para acometer, sin morir en el intento, la visita a un museo moderno).

Pero, incluso ese ser humano desarrollado, maduro, perfecto y, por supuesto, varón (piensen, por favor, en la imagen del Modulor del Corbu), una vez fue niño y, si todo va bien, alguna vez será viejo ("veterano" dicen con elegancia innata ustedes, mis amigos latinoamericanos, y no imaginan cómo se agradece cuando una es mujer y va madurando).

Es en estas circunstancias de los umbrales de la existencia cuando el urbanismo "de ingeniero" (fijense, inspirado literalmente en el *ingenio* para hallar la solución y complacerse en ella), de infraestructuras, de grandes equipamientos resueltos con audacia estructural y técnica, de intercambiadores modales, etc., sirve pero es insuficiente. El ingeniero sienta las bases que han de garantizar tanto la eficacia técnica como la equidad en el reparto de beneficios y cargas. El proyecto del ingeniero es la condición necesaria, pero no la suficiente.

Actualmente, en eso que llamamos la *aldea global*, se tiende a una exacerbación de lo individual (propulsada por la economía capitalista que pretende hacernos creer únicos en el mundo) mientras, paradójicamente, se sirven soluciones generalistas del tipo "café para todos". La ciudad necesita la asunción de la complejidad y de la diferencia. Hace falta, es precisa, otra manera de pensar, manera que es más afín a la mirada femenina sobre la realidad que a la masculina porque su escala es lo humano (me niego a aceptar que la escala de trabajo de la mujer sea el detalle) y no lo semidivino.

Una mujer y un hombre miran diferente (obvio) como hablan diferente: el lenguaje del varón es informativo, a veces, casi informático, digital, de "síes" y de "noes". El lenguaje de las mujeres es inquisitivo: nosotras nunca decimos sólo lo que decimos. Nosotras hablamos entre líneas como leemos entre líneas. Cuando hablamos, buscamos y obtenemos una información que va más allá del contenido estricto y objetivo de la conversación. Es así. Y les cuento todo esto, a riesgo de aburrirles por lo que desde ya les ruego me perdonen, para evidenciar que la mirada femenina es absolutamente necesaria y complementaria de la masculina para comprender la realidad y para proyectarla hacia el futuro. Somos diferentes, claro que sí y *¡viva la diferencia!* (cito a Spencer Tracy en la película "*La costilla de Adán*") entendiéndolo siempre que el reconocimiento de lo distinto trabaja a favor de garantizar la justicia.

En la ciudad conviven no sólo géneros, entendidos como formas de construcción cultural y social que viven y ocupan el espacio de manera distinta, conviven también diferentes generaciones. En la ciudad, amén de hombres y mujeres de distintas etnias, viven niños y ancianos, enfermos y sanos. El niño es, amén de un superviviente nato, un ser dependiente. En gran medida, basa el éxito de su supervivencia en el grado de dependencia que establece con los demás y esos *demás* no son sólo sus padres. Con el niño, nos guste o no, todos nos convertimos en "guardianes" de nuestros hermanos que ahora son *locos y bajitos*, en palabras de Serrat. Su presencia es una responsabilidad que irradia hacia los demás.

Por eso unos espacios públicos y unos sistemas de transporte (público) que cooperen activamente en el cumplimiento cabal de esa suerte de "custodia" compartida son instrumentos eficaces para que todos, cuidadores y cuidados, dependientes y soportes, veamos satisfechas nuestras necesidades y aspiraciones.

El diseño de un buen parque hace felices a nuestros hijos (hijos biológicos, hijos del corazón, hijos de nuestros hermanos..., hijos al fin y al cabo) y, además, a nosotros que los sabemos seguros y sanos en estos espacios. Y, en realidad, a nosotros nos hacen felices no sólo en tanto en cuanto responsables de estos seres dependientes sino también y además en memoria del niño que fuimos y que, si no estamos aún malogrados del todo, aún conservamos.

El otro extremo de este hilo conductor de la existencia vital de un ser humano es la vejez. Eufemismos no faltan para enmascarar una realidad creciente que exige compromiso, solidaridad, justicia y, como casi siempre, altas dosis de profesionalidad. Ahí tenemos por ejemplo apelativos tan "finos" como la tercera edad, la edad dorada, nuestros mayores... en fin, un sinfín de cursilerías, si me lo permiten, que se dan justo en las sociedades (qué casualidad!) donde no se mira de frente, con serenidad y con responsabilidad, la vejez, o sea, el último tramo de la vida, considerada casi políticamente incorrecta (y no hablemos ya de la muerte!).

Hablar de la muerte en Europa es, como mínimo, políticamente incorrecto. Y, sin embargo, es la única certeza, amén de la existencia si pensamos y creemos a Descartes, que poseemos. El viaje de la vida sólo posee la seguridad del destino. El itinerario es un misterio plagado de sorpresas además. Pues bien, es curioso que las palabras más aparentemente duras para designar o nombrar a los viejos se dan sin embargo en sociedades mucho más sensibles, en la realidad, con ellos. Por ejemplo: *los ancianos de la tribu*. Se les llama por su nombre, pero, a la vez, se les trata con reverencial respeto.

Una ordenación urbana que refleja fielmente esa condición maldita de algunos sectores de la población es aquella que los relega a guetos vendidos en la publicidad como islas de la felicidad, como remansos de paz, como auténticos paraísos en la tierra. Todos sabemos que lo que más estimula a un ser humano es la presencia de otro y que ésta y no otra es la esencia de la vida en comunidad: crear una red de apoyos mutuos que nos sostenga a todos.

Para "colocar" en esa malla al "activo" denominado "anciano" hay que reconocerle previamente un valor, hay que estar convencido de que puede aportar y por tanto recibir en igualdad. No es, por consiguiente, una cuestión de caridad sino de EQUIDAD.

Una sociedad que sólo explota al viejo como fuente de notables ingresos (me da igual la versión de alto *standing* que prolifera, vergonzante y vergonzosa, en las costas mediterráneas españolas que la versión cruda y dura del geriátrico: casi prefiero ésta última que no enmascara su condición predominantemente sanitaria), que sólo sabe ver en él otra oportunidad de negocio, es una sociedad que lo condena a una letal soledad.

E insito en su efecto letal: el anciano es, fundamentalmente, el espectador de la vida de los otros. Si no está rodeado de esa escenografía vital, su vida pierde el rumbo: ayuna de sentido propio y sin reflejo en la vida de los demás.

Es, además, proveedor de conocimiento empírico y no libresco. Posee el tesoro de la experiencia. Recuerdo con especial cariño una vivencia de pocos años atrás en la cual llevé a mis alumnos, entonces adolescentes, a visitar algunos grandes museos madrileños. Para ese tipo peculiar de visitantes, las instituciones correspondientes tenían previstos unos guías muy especiales: los abuelos. Una legión de voluntarios que explicaban las cosas entregándose a fondo, sin mirar el reloj. La Comunidad de Madrid conseguía así que estas personas mayores se sintieran, porque lo son, útiles a la comunidad y, por otra parte, grababa en la memoria de los niños una experiencia rica y entrañable, educativa y formadora, inolvidable.

La manera de ordenar los usos y actividades puede y debe acudir en pro de una mixtificación enriquecedora, verdadera, compleja, cambiante, orgánica, ...viva! Una mezcla en la que todos tengamos cabida, sin exclusiones, una mezcla activa que nos haga poner en circulación nuestras valías y nutrirnos de las aportaciones de los otros.

He tenido la inmensa fortuna de trabajar profesionalmente en encargos relacionados con los ancianos y les puedo asegurar que da igual el esfuerzo que haga el arquitecto redactor del proyecto del edificio: si previamente la ordenación urbana no ha sido sensible a esta realidad, uno está llamado, inexorablemente, a fracasar.

Y una última reflexión para acabar: lo que en la jerga de género se llama "la vida cotidiana", no se equivoquen ustedes, no es ni más ni menos que la vida, la de todos los días, la que tenemos, la que disfrutamos o padecemos. Es por hacer más plena y mejor esa vida, que mayoritariamente sucede en las ciudades, por lo que hemos de trabajar. Hombres y mujeres. Mujeres y hombres. De todas las edades. De todas las razas. De todas las condiciones. Todos.

Gracias.



Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo ●  
 Universidad de Buenos Aires ● **FADU**



**gobBsAs**